

Raqs Media Collective—

Dos o tres cosas que sabemos sobre el futuro

1

M Las ciudades en las que ahora vivimos, sin importar si estamos en Nueva Delhi o la Ciudad de México, pueden sentirse al mismo tiempo como visiones del futuro o ruinas del pasado. Podemos tener esta misma sensación en los lugares más inocuos: el Templo Mayor, Tlatelolco, el Dargah de Nizamuddin en Delhi, o en el futuro surrealista de Gurgaon, en el extremo suroeste de Delhi.

J Puedes tener esta sensación en casa, en cama, en un café, en la calle, sin importar si estás distraído o atento, exhausto o alerta.

S Estar en esos lugares, entre ellos, necesariamente significa saber lo que se siente ser tú; ser un lector frecuente de las tazas de café, un viajero planetario, un pepenador entre películas y despojos.

J Dos o tres cosas que sabemos del futuro.

M *Deux ou trois choses que je sais d'elle.*

M Tenemos colaboradores inoportunos. Nuestros dos grandes aliados son la memoria y las profecías. Y no importa si la memoria es débil y las profecías son falsas, lo importante es que siempre estamos recibiendo transmisiones de actores en obras que suceden en otro tiempo y en otra parte.

Mitos, ciencia-ficción, referencias históricas comunes o poco conocidas, folclor, conjeturas o una película de Jean Luc Godard, todas éstas pueden ser nuestras herramientas y quienes las fabrican son nuestros colaboradores inoportunos. Aprendemos tanto de los teóricos medievales y antiguos poetas épicos como de la cultura del *software* de principios del siglo XXI, el cine de mediados del siglo XX y de nuestros semejantes que hoy trabajan en el mundo del arte contemporáneo. Nuestros gustos, nuestra curiosidad y nuestros impulsos son eclécticos y nos llevan en muchas direcciones diferentes. Lo primero que podemos decir con certidumbre acerca del futuro es que éste se encuentra tanto en el ayer como oculto en el mañana. Nos hemos convertido en los guardianes del recuerdo del futuro. El futuro es nuestro archivo. Nuestro archivo es el futuro.

2

S Al final del curioso ensayo *Nueva refutación del tiempo* (¿ha habido un título más paradójico para un ensayo?), el escéptico argentino desmantela el maravilloso edificio lógico de esta negación del tiempo diciendo...

J “El tiempo es la sustancia de la que estoy hecho. / El tiempo es un río que me arrastra, pero yo soy el río; / es un tigre que me destroza; pero yo soy el tigre; / es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente, es real. Yo, desgraciadamente, soy Borges.”

3

M En nuestro archivo existe una carta escrita a Amália Jyran, mi hija, para acompañar un trabajo, una cápsula de tiempo enterrada por Theodore Ringborg (de quien pronto escucharán) en el terreno de un parque en la ciudad de Moss, en el condado de Østfold, en Noruega. Nos gustaría compartir con ustedes el contenido de esta carta. Amália, quien hace unos días cumplió cinco años, tenía cuatro cuando esta carta fue escrita. La cápsula de tiempo será abierta en 2061, 50 años después de haberla enterrado. Amalia entonces tendrá 54 años. Es una carta que, al mismo tiempo, fue escrita para una niña de cuatro años y una mujer de 54. Para el presente y para el futuro. Me gustaría leer parte de la carta ahora, justo después de recordar a Borges; de recordar que el mundo, lamentablemente, es verdadero y que él, desafortunadamente, es Borges:

El mundo afortunadamente es real y tú, afortunadamente, eres Amália y, sin importar nuestra presencia o ausencia en este día, 50 años a partir de ahora, nos gustaría que tú sí estuvieras presente cuando esta cápsula de tiempo sea desenterrada. Cuídate mucho para que en el verano de 2061 puedas apartar unos días para hacer este viaje a Noruega y consentir nuestro recuerdo y nuestra modesta vanidad. No digas que no. Después de todo, tan sólo estamos haciendo una cita con mucha anticipación, y sabemos que tu agenda para 2061 hasta ahora está vacía.

Piensa en toda la espera por la que han pasado los objetos en la cápsula de tiempo para ser expuestos a tu mirada. Las cápsulas de tiempo están diseñadas para soportar los efectos de la duración y, por ello, es posible que el contenido que sepultamos en la tierra esté relativamente bien preservado, incluso cuando pongas tu mirada sobre éste, dentro de 50 años. Y sin embargo, lo que mires cuando abras la cápsula del tiempo no será lo mismo que viste cuando la cerraron en tu presencia. Lo que habrá cambiado eres tú. Lo que veas



en los contenidos de la caja como una mujer de 54 años no será lo que viste como una niña de cuatro años. Tus ojos, tu visión en sí, habrá cambiado.

J Lo que se revele en el segundo instante cuando la cápsula sea abierta, será un rastro del primer instante (y es posible que dispare en tu memoria un recuerdo de ese día, que fue en abril, en el piso azul de nuestro estudio en Shahpur Jat en Delhi), pero nada de esto podrá ser una reinstalación. No estaremos presentes, aunque sí permanecerá un registro de nuestras intenciones. El intervalo entre esos dos instantes verá la transformación de nuestras acciones de la sustancia de un signo al aura de un rastro.

En cierto sentido, cualquier cosa que asegure ser arte es una cápsula de tiempo, porque tiene que atravesar el intervalo entre el instante de su nacimiento y todos los posibles encuentros que tendrá con espectadores después de su creación. No importa si esto ocurre días, años, décadas, incluso siglos después. Si la obra vale el esfuerzo de su creación, tanto su carrera como su rastro tiene que ser una trayectoria tan luminosa como su vida como signo. Lo mismo puede decirse de los humanos.

M El filósofo David Wood, quien tiene un interés particular por las cápsulas de tiempo como proyectos artísticos, dice: “Si supones que estas cápsulas de tiempo pueden proteger su contenido por miles de años es posible que sean descubiertas por seres que ya no son humanos, por versiones evolucionadas de nosotros mismos, o incluso por quienes ahora podemos imaginar como extra-terrestres. Tal cápsula bien podría contener artículos y colecciones de artículos, por supuesto, que no se conocen en ningún otro lado. Cada uno de estos pensamientos invitará a una reflexión acerca del aquí y el ahora. Si imaginamos a seres muy diferentes descubriendo esto... ¿Quiénes somos? Y si se esfuerzan por interpretar estos artículos... ¿Eso no nos permite mirar de nuevo? Proyectar hacia el futuro nos permite un desplazamiento imaginativo del presente.”

“De hecho, incluso podríamos decir que, objetos como las cápsulas de tiempo —que concentran intensamente dentro de sí la tensión entre lo que es humano en el instante en que son enterradas y lo que será o lo que permanecerá de lo que significará ser humano en el posible instante de su exposición— actúan como centinelas, en los límites de la filosofía, de una serie de especulaciones ontológicas concretizadas a través de la ocasión del arte; *como ejecuciones artísticas del esquema inconsciente de la filosofía*” —en palabras de Wood.

4

Nagarjuna, Shantarakshita, Kamalasila y Bergson y sus extraños acertijos

S Una cápsula de tiempo no es más que intento de crear una demostración de la relación entre el futuro y el presente, entre el presente, que pronto se convertirá en el pasado, y el futuro que pronto se convertirá en el presente.

Y, sin embargo, si el estado presente y futuro de algo dependieran de su pasado, ¿cuándo tendremos que admitir la posibilidad de que estos estados también están en el pasado? Pero para que estos estados sean el presente y el futuro, ¿no deben haber sido el pasado? Tal como hemos visto, si estos estados no estuvieran situados en el pasado, no habitarían el presente, ni se extenderían hacia el futuro. Y ya que el presente es otro término que usamos para lo que pronto se convertirá en el pasado, y el futuro también se convertirá en el presente, en este momento, entonces ni el presente ni el futuro, ni el pasado pueden significar algo. ¿Cómo entonces puede existir el tiempo? Y si el tiempo sí existe, ¿por qué únicamente debe ser visto desde una línea recta llamada el “yo”, que pasa continuamente a través de ubicaciones llamadas, arbitrariamente, “ayer”, “hoy” y “mañana”?

¿Este acertijo te desconcierta? También a nosotros. Estamos bastante seguros de que cualquiera que haya leído estas afirmaciones, o cualquiera de sus variaciones, desde que Nagarjuna, el anti-metafísico madhyamika budista, las enseñó por primera vez en algún momento del siglo II o III, habríamos llegado a ellas con coordenadas inciertas. Tienen sentido y, sin embargo, para que tengan sentido todo lo demás debe suspenderse. ¿Estarías más perplejo ante este enigma entonces de lo que estás ahora? A las cuatro, el presente, el pasado y el futuro aún son plásticos para ti, aún puedes jugar a “pretender” que hoy es mañana. Dentro de 50 años estos estados ya no serán maleables para ti. Los regímenes del reloj y el calendario habrán taladrado una lógica diferente en el tiempo. ¿Cómo podrías vivir con una negación tan radical del tiempo absoluto a favor de una serie de “ahoras” (y no, tampoco tiene sentido hablar de ellos ordenados en serie); de una serie de cápsulas de tiempo contenidas una dentro de la otra como muñecas *matryoshka*, extendiéndose infinitamente hacia fuera, no en línea recta, sino en todas direcciones? Ni la flecha ni el *boomarang* del tiempo: tan sólo una serie de cajas rompecabezas, cápsulas de tiempo, ocultas una en la otra y en la otra y en la otra.

Pero, ¿cuáles son las consecuencias de esta visión del tiempo? Si la línea recta del tiempo no existe ¿cómo puede haber consecuencias? Y si no hay consecuencias, ¿puede haber tal cosa como una acción ética significativa?

Y si no hay tal cosa como una acción ética significativa, ¿importa si actuamos bien o mal hacia los demás y el mundo?

Ni siquiera intentemos responder esa pregunta. En vez, hagámonos más preguntas y veamos adónde nos llevan. Juguemos con ellas, como lo hizo Shantarakshita, quien vino después de Nagarjuna; como lo hizo Kamalashila, quien comentó el trabajo de Shantarakshita. Entonces, si el tiempo es absoluto y si el pasado, el presente y el futuro ocuparan, paradójicamente, cada uno su posición consecutiva y simultánea (debido a la interdependencia de un estado con el otro) en una línea cronológica, imaginaria pero imposible, extendiéndose siempre hacia delante sobre el mismo plano, entonces los frutos de cada acción ya estarían garantizados y no requerirían ningún empeño. Esto queda claro cuando nos damos cuenta de que una línea en un plano únicamente puede seguir una dirección predecible, y que cualquier concepto del tiempo que ubique al pasado, el presente y el futuro como puntos atravesados por una línea recta, ésta sólo puede proceder en una dirección predecible. No tendría sentido, entonces, hacer o no hacer algo, daría exactamente igual que uno no hiciera nada, porque cada instante del futuro ya estaría codificado en cada instante del pasado. La pregunta del significado ético de una acción nunca surgiría, porque no sería posible elegir ninguna acción libremente.

Henri Bergson iba en esta dirección cuando escribió *Tiempo y libre albedrío*. Ahí dice: “Resumiendo: cada demanda por explicaciones de la libertad regresa, sin nosotros sospecharlo, a la siguiente pregunta: ‘¿Puede el tiempo ser representado adecuadamente por el espacio?’”. A lo que respondemos: “Sí, si estás pensando en el tiempo transcurrido; no, si te refieres al tiempo que transcurre”. Ahora, la acción libre toma lugar en el tiempo que está transcurriendo y no en el que ya ha transcurrido. La libertad, por lo tanto, es un hecho, y entre todos los hechos que observamos, existe un deseo por dotar a la duración con los mismos atributos como la extensión, para poder interpretar una sucesión a través de una simultaneidad, y para expresar la idea de la libertad en un lenguaje al que claramente no puede traducirse.

5

La medida y lo medido

M Quizás el verdadero problema yace en la confusión que hemos creado entre nuestra experiencia del tiempo y el artefacto conceptual que hemos creado para “medir” el tiempo, para dar cuenta de él. Nuestra experiencia apunta a la profundidad y amplitud de la duración, mientras que nuestras medidas intentan encauzar esa experiencia ya sea hacia la restricción de las rebanadas marcadas

en la carátula de un reloj o a las marcas en la cuerda floja de una línea de tiempo. Ambos son intentos por convertir lo que sentimos, en términos de ritmo y duración, en lo que puede verse de forma plana y en términos espaciales. Efectivamente reducen el ser al “reporte” de ser.

Considera lo que significa para nosotros entender la experiencia de la vida dentro de un “tiempo de vida”. En 2061, cuando la cápsula de tiempo se abra, lo más probable es que nosotros ya no estemos aquí. Francamente, para entonces, nosotros (yo, tu mamá Mónica, Jeebesh y Shuddha, algunos de tus primeros compañeros de juego y más viejos amigos —las tres personas que forman Raqs— probablemente ya te habremos dejado para que te las arregles por ti sola. El largo baile que hemos compartido cabalgando los siglos XX y XXI ya habrá terminado. Siguiendo el criterio de lo que significa tener una duración de vida, este siglo, este tiempo, el futuro, ya son más tuyos que nuestros. Lo estamos compartiendo contigo en el completo conocimiento de que tú probarás mucho más de lo que nosotros jamás podremos. Nuestra duración de vida comenzó antes y, por lo tanto, con toda probabilidad, terminará antes. Así es como debe ser.

Sin embargo, sin importar cómo midamos la duración de una vida, no podríamos representar una singularidad que se derrama de nuestra vida a la tuya. Juntos, tú y nosotros, compartimos una extraña condición; una nueva incertidumbre generada de una especie muy particular de no saber lo que el futuro pueda traer. Llamamos a esta sensación una “nueva incertidumbre” porque pensamos que es radicalmente diferente de todas las incertidumbres que han experimentado las generaciones anteriores. Esta sensación es lo que hoy nos hace contemporáneos, cuando compartimos tu emoción de “qué sigue” en una historia; cuando analizamos cada encabezado en el periódico en busca de qué pueda significar en términos de la forma que está tomando el mundo en el que estás creciendo, y esto es lo que nos hará contemporáneos incluso cuando tú ya tengas 54, y nosotros seamos un recuerdo.

El filósofo Peter Osborne dice que nuestro tiempo, la modernidad (incluyendo su caso especial, la posmodernidad), está marcado por “la apertura a un futuro indeterminado caracterizado únicamente por su trascendencia esperada sobre el presente histórico y la relegación de este presente a un pasado futuro”. Hablando en términos históricos, ésta es una condición relativamente nueva. La historia de la conciencia humana, hasta ahora, ha estado formada por una competencia entre la relatividad y ciertas aseveraciones acerca de cómo será el futuro, sean concebidas en términos de progreso, decadencia o ciclos. Uno puede elegir su imagen del futuro, dependiendo de su inclinación,

sus preferencias escatológicas, sus convicciones filosóficas, su contexto cultural y sus experiencias de vida, teniendo por seguro que su modelo tendría peso y estabilidad. Aquí no estamos discutiendo una estimación de futuros personales (que siempre han sido contingentes), sino el futuro de una especie, de la humanidad en sí —la cual, aunque se mire de forma diferente, pesimista u optimista, siempre se ha visto avanzar, constantemente, hacia delante—. Uno podría esperar un día del juicio, la acumulación de prosperidad, la realización de una utopía, una revolución permanente, la exploración del espacio exterior o la decadencia constante hacia el estado más bajo de la civilización, antes de comenzar otro lento espiral cuesta arriba. Se asumió (a pesar de Nagarjuna y Barbour) que nada de lo que nosotros como humanos hiciéramos podría afectar la certeza del hecho de que, sin mencionar un accidente con asteroides y el congelamiento eventual del Sol (ambos de los cuales, podría decirse, sería posible suprimir, teóricamente, por medio de un éxodo interestelar ambicioso —ambicioso pero que podría salvar a la especie—, lo cual ha sido el tema de una enorme cantidad de ciencia-ficción), definitivamente habría un futuro.

6 Ocurrió algo nuevo

S Algo ocurrió en nuestro tiempo que cambió todo eso. El siglo XX dejó a nuestra especie con la oscura herencia de la capacidad para cometer un *hara kiri* colectivo con armas atómicas y/o energía nuclear, una pandemia (mal) diseñada en un laboratorio o un error de cálculo grotesco en nuestro uso de los recursos de energía con los que contamos. Mientras que todo lo demás puede tener antelación en el pasado, tan sólo este hecho es nuevo. Ni siquiera concepciones previas del fin del mundo por designio divino y las profecías apocalípticas anteriores pueden acercarse al nivel tan particular que tendrían eventos como un holocausto nuclear o una catástrofe ecológica global. La diferencia yace en el hecho de que el apocalipsis nunca ha sido visto como algo creado por la humanidad. Una vez que aceptamos que podemos terminar nuestra propia existencia, entonces todo lo que hacemos (como especie) tiene que ser visto en términos de una decisión acerca de nosotros mismos (como especie) de si aceleramos o no nuestro final auto-inducido. Al igual que cualquier persona viva que constantemente toma la decisión de no suicidarse (lo cual es lo opuesto de lo que algunos deciden), de igual forma la decisión de la humanidad de no desatar su propia destrucción tiene que ser, de ahora en adelante, una decisión consciente.

J Esto cambia la forma en la que podemos pensar en el futuro de ahora en adelante. El futuro ya no es simplemente algo que nos sucederá, sino algo que los humanos de pronto podemos cancelar. La pregunta de si habrá o no un futuro en los años por venir depende de la decisión que tomemos y de las decisiones que tu generación tome. El hecho de que como especie nos hemos dado cuenta de esta elección recientemente significa que sus implicaciones aún nos son transparentes. Tenemos débiles suposiciones de lo que esto podría significar y tú tendrás una noción más fuerte de lo que significará, y tus hijos tendrán una noción todavía mucho más fuerte de esto, y aunque mucho distinguirá al *espacio de nuestra experiencia* de la tuya, *el horizonte de nuestras (tuya y nuestra) expectativas* estará connotado por el creciente signo de interrogación que los seres humanos hemos puesto al mañana.

Cualquiera que plante una cápsula de tiempo en estas circunstancias, lo hace con el conocimiento total de que, con el paso del tiempo, podría no haber nadie a quien pudiéramos llamar humano en el planeta para leer sus intenciones. Por supuesto, esperamos que tú (y aquí tú representas a la humanidad en general, al igual que nuestra contribución particular a la humanidad) estarás ahí para abrir la cápsula en 2061. Decimos esto sabiendo bien que la historia podría ser por completo diferente. Si tú también, cuando sea tu turno, decidieras enterrar una cápsula de tiempo, estarías en nuestra misma posición, incluso si se lograra el desarme nuclear o se revirtiera el calentamiento global. El hecho es que, como especie, ahora sabemos cómo terminar las cosas y sabemos que sabemos que podemos terminarlo todo, y esperanzas como el desarme nuclear o medidas ecológicas sensatas siempre se verán ensombrecidas por la posibilidad de que algunos de nosotros, algún día, puedan repetir las consecuencias de nuestro conocimiento alguna vez envenenado.

M Y ése es el porqué, exactamente como lo platicamos mientras compartimos una paleta helada derritiéndose en una tarde de verano (y qué es el futuro sino un trozo de tiempo congelado derritiéndose, adherido al sostén de nuestro presente), te pedimos no ser tan ambiciosa. Ni siquiera tú, digna ciudadana de nuestro futuro, puedes decir que el tiempo es de tu propiedad. El futuro no es tuyo; tendrás que seguir mereciéndolo, asegurándote de no hacer nada que pueda destruir su posibilidad. Y por tu bien, nosotros tendremos que hacer lo mismo.

Esto significa que, sin importar lo que estemos, algunas de las cosas que esperamos no sucederán y algunas de las cosas que tememos ocurrirán, aunque nuestras esperanzas en sí puedan permanecer y nuestros temores

continúen atormentando al mundo. Incluso, algunas cosas que no podemos predecir ni imaginar, definitivamente sucederán, deleitándonos y alarmándonos, pero sin duda también sorprendiéndonos con su realidad inesperada. Las cosas que enterremos con la cápsula de aluminio serán testigo de nuestra noción del mañana ya que, incluso si no vienen cargadas con predicciones y deseos, sí traerán consigo un aroma del tiempo en que fueron enterradas. Sea lo que sea que pongamos dentro de esa cápsula, te dirá algo acerca de lo que sabemos hoy, los días que compartimos y el mundo que imaginamos para ti y nosotros. Todo esto marca lo que le debemos a nuestro tiempo.

7 Tiempo y deuda

S En un comentario muy antiguo, escrito en los Vedas en sánscrito, llamado el Satapatha Brahmana (El Brahmana de los cien senderos), hay una idea muy interesante acerca de las deudas heredadas. El comentario dice que cada ser humano nace con cuatro tipos de deuda. Una deuda con los dioses y el orden cósmico (que será pagada con ofrendas de sacrificio), una deuda con los entendidos del pasado (que será pagada con aprendizaje y la generación de nuevo conocimiento), una deuda con los ancestros (que será pagada por la descendencia, asegurándose de ser testigos del futuro justo como nuestros ancestros lo fueron del pasado), y una deuda con todos los seres humanos que hicieron posible que nosotros, sus invitados, dejáramos una marca de nuestra estada en la Tierra después de haber nacido (que será pagada con hospitalidad). Estas cuatro deudas marcan nuestra relación con el tiempo. Dejamos este mundo con nuestros juramentos parcial o completamente redimidos, o aun queriendo, y si lo hacemos aun queriendo, nuestras deudas son transmitidas (con interés compuesto) a las generaciones y los nacimientos futuros.

Lo que hacemos —incluyendo pasar horas y días pensando en cómo llenar la caja vacía de aluminio para que tú puedas estar satisfecha de escribirlo dentro de 50 años— lo hacemos como un cumplimiento parcial de las deudas con las que nacimos. Representa un sacrificio de nuestro tiempo y una cosecha de nuestra voluntad; un proceso de aprendizaje y entendimiento del mundo; un vínculo contigo, nuestra descendencia real y simbólica, y nuestro esfuerzo por dar un poco de espacio a cierto habitante considerado. Todo el arte es un pago de la deuda que tenemos con la vida. En parte con el pasado, en parte con nuestro presente e indefinidamente con nuestro futuro.

8

Arte, valor, tiempo

J El valor de una obra de arte consiste en su habilidad para detener, incluso temporalmente, el flujo de acciones y disposiciones intencionales que soportamos como rutina en la vida diaria. La obra de arte nos permite un momento de descanso del esfuerzo de mantener un perfil puramente funcional y cuantificable dentro de los límites de una situación conflictiva y desgastante. Esto no es una descalificación de lo mundano, sino un intento por buscar sustancia y plenitud en cosas, gestos y acciones cotidianas como uno mira con ellas y a través de ellas, con un tipo de visión secundaria hacia una zona que no está predeterminada en términos de significado por la forma en que se administra y dirige el mundo.

M Este descanso no es como un reposo, una siesta, una pausa, una indulgencia o un sueño. De alguna forma, todo eso ha sido reducido a la función de resurtir la energía que hemos agotado en el trabajo, y son oportunidades para que el orden existente continúe reproduciéndose. Por otro lado, el descanso del arte funciona más como “un tiempo fuera” en un juego con convenciones ya demasiado establecidas; como un descanso en el que las reglas se suspenden porque se descubren inadecuadas para las contingencias del juego. A veces, los contornos de un juego nuevo pueden descubrirse cuando las reglas se suspenden y aún no se han formado, todavía no se reinventan concretamente. Esto provoca y habita una ruptura ontológica, un tiempo fuera, un rompimiento en el tiempo, el espacio y el ser.

Al igual que nuestro “tiempo fuera” donde el juego en sí cambia y se cuestiona, el arte ofrece la oportunidad de mirar los contornos del mundo, y a nosotros mismos, dentro de un juego diferente.

¿Enchufes y tomas de corriente?

S Una obra de arte no tiene por qué conformarse con, ni confirmar el orden establecido del mundo. Si una obra estuviera restringida a eso, tendría que encajar en una necesidad específica del orden existente del mundo, como una conexión con un enchufe. Y si esta obra se desgastara, necesitaría ser sustituida —siempre y cuando exista la necesidad de sus presencia— por otro artículo idéntico a ella. Los objetos de belleza, las cosas que divierten y entretienen o informan pueden cumplir con tales requisitos.

Cada paso en el arte tiene la libertad de no tener precedentes, por lo menos hasta cierto punto; de hacer algo que jamás se ha hecho antes y, al

enfrentarnos, nos pide ser algo más y nos pone en libertad, como un hermoso giro inesperado en un partido de futbol o un momento con un amante. El arrebatado y la excitación de tales momentos pueden ser pocos, pero como Nietzsche lo dice en *La gaya ciencia*, sin ellos “[...] la vida sería completamente insoponible, y la honestidad invariablemente llevaría a la náusea y el suicidio”.

M Un movimiento en un partido de ajedrez que juegan desde hace tiempo dos reos en una prisión puede ser idéntico en apariencia a otro movimiento realizado por dos campeones en un torneo y, sin embargo, nada de lo que ese movimiento logre entre sus jugadores y en el tiempo será idéntico. Cualquier paso en el arte, al igual que cualquier gesto lúdico y juguetón, tiene la misma ontología parecida a la de una joya, tanto para el que lo realiza como para el que lo contempla.

Este gesto toca un nervio que recuerda al espectador que, en sí mismo, también se contiene algo que no es reducible a las necesidades banales de las circunstancias de su vida, al cambio suelto, a los débitos y créditos de su balance de todos los días. El gesto artístico sorteja los límites de nuestra finitud personal, incluso si lo hace inarticuladamente, para actuar en el mundo.

J Y sin embargo, se nos dice que el tiempo es dinero. Y si el arte es una especie de “tiempo extra”, ¿eso también significa que es una especie de dinero para jugar?

M Quizá la analogía de “el tiempo es dinero” proviene de una noción de escasez del tiempo en la vida humana. Y ya que cualquier cosa escasa únicamente puede recibir un valor económico y ser monetizada, el tiempo puede participar en la matriz de las transacciones humanas como una unidad de valor e intercambio. Dos ideas diferentes de valor monetario pueden emanar de nuestras consideraciones del valor del tiempo, dependiendo en si pensamos que el tiempo es escaso o abundante. El tiempo visto como escasez da pie a un valor similar al del dinero como lo conocemos. Y esto lleva a las nociones de “ahorrar”, “acumular” y “gastar” el tiempo. Esta noción pone énfasis en el valor de la unidad de tiempo como una entidad abstracta, sin importar en qué la gastemos.

S Por otra parte, si pensamos que el tiempo es abundante, nuestro enfoque cambia de la cantidad a la calidad del tiempo, y podemos realizar transacciones e intercambios de unidades temporales que no necesariamente son idénticas en cantidad, aunque podamos colocar en relaciones de equivalencia las

unas con las otras. Una consideración de la calidad sensorial, emotiva, profunda e intensa de nuestra experiencia de duración puede llevarnos en esa dirección. Entonces, el tiempo se hace “actual”, no como unidad de mero intercambio, sino como una fuerza, una carga parecida a la electricidad que puede transmitirse de un cuerpo, sensible al paso del tiempo, a otro, a través de puro contacto o aproximación.

Así es como podemos darnos una idea de a qué nos referimos al usar expresiones como “tiempo compartido”. Así, podemos obtener dos significados del tiempo como “valor monetario”.

J Mirando sobre nuestros hombros, con nervios o emoción, en Plaza Tahrir o Wall Street, y en anticipación de la turbulencia del año por venir, diríamos que ésta es la era de revueltas.

S Hace algunos años hablaban del “fin de la historia”. Pero, tristemente para todos los hegelianos de convicciones fukuyamasianas de los últimos tiempos, el “fin de la historia” terminó, porque el mundo estático y libre de turbulencias posterior a la Guerra Fría en verdad nunca llegó.

Mientras los seres humanos estemos para ser testigos de una sucesión de eventos, (y los eventos nos han rebasado despiadadamente desde 2001 hasta ahora), siempre y cuando estos eventos cuenten con el estira y afloje de fuerzas contrarias y diferentes deseos, no tiene caso hablar de un “fin” de la historia.

Curiosamente, la tesis del “fin de la historia” no deja espacio para la imaginación como un motivo de fuerza para las acciones humanas. Insinúa que con las cosas, al alcanzar una resolución estática en la vida humana, ya no hay necesidad para que la gente imagine diferentes resultados en los procesos que nos marcan. El hecho de que siempre estamos imaginando qué más podría suceder, o de qué forma las cosas podrían ser diferentes, sugiere que la imaginación es un motor de cambio. Como sabemos, el tiempo es un índice del cambio. Si las cosas no cambian, por lo menos uno de nuestros motores de cambio está desactivado. Ésa es la razón por la cual la imaginación sigue siendo un motivo de fuerza.

M En *Escape*, un espectador perspicaz se dará cuenta de que tres de los 27 relojes marcan “tiempo espejo”.

Estos tres relojes tienen etiquetas que los relacionan con tres ciudades imaginarias, mientras que los otros 24 relojes describen el tiempo que

encontrarías en 24 ciudades que sí existen. Es como si el tiempo espejo de las tres ciudades imaginarias ofreciera un “escape” de la eternidad aparente del presente, como la describe el tiempo de cualquiera de los otros 24 relojes. Al liberarnos para habitar el pasado, el futuro o un presente alternativo, la imaginación siempre incapacita la vanidad de una idea de “el fin de la historia”.

J Ser contemporáneo hoy significa renunciar a la afirmación de que sí hay validez en un desarrollo que consigne algunas experiencias del presente a lo que “ha sido agotado” y la elevación de los otros a “cosas a las que todos deberíamos aspirar”. La jerarquía de las experiencias ya no puede someterse a la ficción del orden cronológico. Esto no significa que no habitemos diferentes registros temporales; simplemente significa que la condición contemporánea nos aleja de clasificar estos registros a lo largo de un eje de desarrollo. Aquella vanidad modernista ya ha quedado atrás. La condición contemporánea implica un juicio más modesto y, al mismo tiempo, más realista de nuestros lugares en el tiempo.

S Gran parte de la vida la pasamos en zonas marcadas por el signo de lo desconocido. No sabemos dónde estamos parados, incluso si alcanzamos nuestros destinos o no. A veces, la información que recibimos es útil; a menudo, únicamente nos confunde.

Quizás al haber emprendido un viaje de este tipo, tendríamos razón al repetir, cada vez, con Nietzsche,

[...] mi tiempo aún no es, el tremendo evento aún está en camino, aún no ha alcanzado a los oídos de los hombres. El trueno y el relámpago requieren tiempo. La luz de las estrellas requiere tiempo, labores, e incluso terminada, todavía requiere tiempo para ser vista y escuchada. Esta labor aún es más distante de ellos que la estrella más lejana, y aún así, lo han hecho por sí mismos.

Al igual que cualquier tarea hecha por la luz de la estrella más lejana, toda acción humana, iluminada por la amplitud imaginativa producida por el trabajo de la imaginación, requiere tiempo e incluso silencio para desenvolverse.

Ocasionalmente, el arte, como un telescopio, puede ser un medio a través del cual es posible que nos hagamos de algo que el “ojo desnudo” del conocimiento ordinario mantendría alejado de nosotros a la distancia de algunos años luz. En tales instancias, el acto artístico es el lente que transforma la

óptica de una situación, impulsando un deseo, proyectando lo que podría necesitar épocas hacia la intensidad de un solo momento de conciencia y epifanía.

M Hace falta tiempo para pasar de una persona a otra y después a una multitud, y después de regreso a la vida de cada individuo. El arte puede escorzar este tiempo, pero no puede eliminarlo. Hace falta tiempo, imaginación e ingenio para pasar, en cada instancia, de lo que experimentamos, sentimos, pensamos, no decimos, decimos, cuestionamos, respondemos, decidimos y, finalmente, a lo que hacemos. El arte es el patio de recreo donde el deseo, para hacerse más humano que el mundo, puede rendir cuentas al presente en curso para probarse a la medida. En ese patio de recreo, a la luz de las estrellas lejanas, percibimos a los artistas trabajando, intentando las dos o tres cosas, algunas cuantas preguntas y declaraciones que saben acerca del futuro.

Fin."